

L 12



SERMON

QUE EN LA SOLEMNIDAD DEL ANIVERSARIO,
QUE EN MEMORIA DE LA RECONQUISTA
DE LA CIUDAD DE

JEREZ DE LA FRONTERA

POR EL SABIO REY SEÑOR DON ALONSO EL DECIMO,
CELEBRAN

LOS DOS ILUSTRISIMOS CABILDOS

EN LA IGLESIA PARROQUIAL
DEL GLORIOSO MARTIR Y PATRONO SAN DIONISIO,

dijo el Sr. Doctor

DON JOSÉ MARIA HERRERO ESPINOSA DE LOS MONTEROS,

CANÓNIGO DOCTORAL DE LA REAL É INSIGNE COLEGIATA

el 9 de Octubre de 1856.

Publicase por acuerdo del M. I. Ayuntamiento.



JEREZ.—1857.

Imprenta del *Guadalete*, á cargo de D. Tomás Bueno, calle de Letrados, núm. 10.

Omnia possibilia sunt credenti Marc. 9. 22.

Todas las cosas son posibles para el que cree.

Ilustrisimos Señores.

La historia, esa anciana y fiel testigo de todas las edades descorre el dilatado velo de los pasados tiempos, no para deleitar al hombre con variados y maravillosos sucesos, sino para dirigirlo por la senda que conduce á la perfeccion moral, objeto el mas digno y elevado de la especie humana. Por eso el orador romano llama á la historia luz de la verdad y maestra de la vida; y así cuando os abre, en este día, el gran libro de los héroes, exhibiendo las doradas letras de la vida del inmortal Dionisio y de la memorable conquista que á celebrar venís, os habla no como á simples admiradores de tan faustas maravillas, sí como dóciles alumnos que asistís á este sacro templo de la verdadera sabiduría. Y ved porqué, mis amados hermanos, al satisfacer yo, aunque ignorante é indigno, la honrosa mision que me habeis cometido y cumple al ministerio santo que recibí de lo alto, prefiero á la detenida y prolija narracion de aquellos pasmosos hechos, mostraros las elocuentes lecciones que imprimen en nuestras almas. Ya habeis contemplado mil veces el frondoso árbol de las glorias de vuestros ínclitos mayores: ahora, sentados á su apacible sombra, quiero aprendais á recoger sus sabrosos y sazonados frutos.

Otros oradores, sábios maestros de la sagrada cátedra, inflamados en el fuego de su apostólico celo, os han descripto, en los pasados años, en brillantes pensamientos, armoniosas frases y galanas imágenes de la religiosa poesía, aquellas célebres jornadas, atrevidas empresas, incomparable valor y denuedo de vuestros católicos ascendientes; y esos hechos tan portentosos quedaron para siempre gravados en vuestra memoria. Otros os contaron las glorias de vuestros padres; yo os enseñaré el camino que á las glorias les condujo. ¿Y cual fué su senda, os pregunto, mis hermanos? La senda de la fé católica.

Sí, la fé de aquellos animosos campeones hizo descender de los cielos por la proteccion del gran Dionisio las misericordias del Omnipotente; y la orgullosa mediana cayó de las altas torres agarenas, como las murallas de Jericó, al eco triun-

fante del sonoro clarin de los adalides del Crucificado; y á sus piés se rindieron los Abdalás y Abenajues, los Miramamolines y Sultanes; y fué libre y reconquistada Jerez del sarraceno yugo, salvos sus oprimidos cautivos y plantado el lábaro santo de la Cruz, allí donde el inmundo Alcoran testificaba la abyeccion y el oprobio de los impuros y fanáticos hijos de Mahoma.

Las grandes acciones civilizadoras y portentosas que la historia consigna en sus mejores páginas, celebra la posteridad con cánticos de gloria, y el Altísimo desde su sacrosanto Alcazar las acepta y las bendice, son ópimos y deliciosos frutos del árbol de la fé católica. Toda accion grande, no á los ojos del humano orgullo, sino á la vista de la recta sabiduría y de la infalible y eterna verdad, trae su origen de la fé cristiana. *Magnum opus, sed ex fide.* Pensamiento sublime, altísima sentencia que no aprendió el esclarecido doctor Agustino en la escuela de los maniqueos, ni enseñar supo á sus discípulos en las cátedras de Milan y la ciudad de los Césares, sino poseyó luego que, arrojado á la sombra de la higuera, le fué abierto el sagrado código y el sol de la revelacion divina hirió su resistente corazon e iluminó su ofuscada inteligencia.

Tal es, mis amados compatriotas, el pensamiento que bulle en mi mente, cuando, llena mi alma de las mas gratas y vivas emociones, miro al magistrado y al sacerdote, al soldado y al caballero, al anciano y al niño congregados en este santo recinto, rindiendo al pié de los altares, ante el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el antiguo trofeo de nombradas y famosas batallas de vuestros bravos y católicos progenitores. Todo hoy en esta santa casa nos enseña y predica los prodigiosos triunfos de la fé católica; la insuperable fuerza de esa virtud divina, que infinitamente mas poderosa que los aguerridos egércitos del grande Alejandro y el formidable ímpetu de los mares, no halla obstáculo que no supere, resistencia que no destruya y cuenta sus combates por el número de sus victorias. Verdad tan pasmosa al entendimiento como fecunda de consolacion y esperanza para nuestros tibios corazones, proferida por los divinos labios del Salvador de los hombres, cuando dijo, segun nos refiere el evangelista San Marcos y he puesto por tema de mi discurso: *omnia possibilia sunt credenti.* Todas las cosas son posibles al creyente.

Para esplanar con acierto la idea de mi oracion y conseguir el doble fruto de vuestra instruccion y aprovechamiento, necesito implorar los poderosos auxilios de la divina gracia, que hace eruditas las lenguas de los pequeñuelos. Acudamos, pues, humildes y llenos de viva fé á impetrar tan celeste don de ese augusto Trono donde reside la Magestad divina; valiéndonos de la altísima y segura proteccion de la Inmaculada Reina de los Angeles y Santos, á cuyo fin saludémosla reverentes con las palabras del Arcángel: *Ave Maria.*



Omnia possibilia etc.

Dignaos, Ilmos. Señores, elevar los ojos á esa imagen sagrada de vuestro glorioso Patrono, coronado con la brillante aureola de los santos. Qué dice, qué predica á vuestras inteligencias? El triunfo de su fé. Mirad el antiguo pendon que habeis conducido por las calles y plazas, como el conquistador su mas rico trofeo, y colocado á la diestra del altar sagrado. Qué dice, qué predica á vuestras inteligencias? El triunfo de la fé de vuestros mayores. La conversion y heroicas acciones del santo mártir Dionisio os enseña que la fé hace al hombre grande en el tiempo, feliz en la eternidad. Su especial proteccion y la gloriosa conquista que á celebrar venís os demuestra que la fé salvó á nuestra ciudad de los horrores del Islamismo. La fé lleva al individuo al heroismo: la fé hace á la comunidad invencible y dichosa; porque á la virtud y mérito de la fé viva y perfecta ha otorgado la Divinidad el poder de alcanzar todas las cosas, segun nos enseña el Evangelio diciendo: *omnia possibilia sunt credenti.* Todas las cosas son posibles al creyente. Qué cuadro tan consolador, Ilmos. Señores! Ved en él bosquejado todo el plan de mi oracion en esta mañana.

Luego que el animoso David vence al Filisteo de Geth, terror y espanto del afligido pueblo de Israel, y conducido á la presencia de su rey le muestra la cabeza del gigante, Saul pregunta al valiente caudillo: *¿de qua progenie es ó adolescens?* ¿de qué familia eres, ó mancebo? Pues bien, Ilmos. Señores: ahí teneis otro célebre y preclaro caudillo que os presenta en sus manos su cabeza ensangrentada cual milagroso trofeo de la victoria de su martirio. Preguntadle tambien, *¿de qua progenie es?* ¿cuál es tu linage, la esclarecida familia que te dió la vida de la gracia, constituyó maestro de la verdad eterna y llevó triunfante á la inmortal Sion, donde hoy habitas inundado de imperecedera gloria? El os contestará, mis amados, fué hijo de la fé católica; la fé le sacó de las tinieblas á la luz; hizole grande en el tiempo y colocó en sus benditas manos la palma inmarcesible de los santos héroes. Con la fé todo lo pudo, porque todas las cosas son posibles al que cree.

Vedlo en Atenas, la famosa cuna de los epicúreos, estoicos, peripatéticos y otros mil ilusos filósofos; la ciudad que rechaza á Aristides, porque se cansa de oírle llamar el justo, y condena á beber la cicuta al inocente Sócrates y primero de sus sabios; la república denominada maestra de la antigua ciencia y civilizada sobre todas las gentes; y sus casas y campos hierven en oprimidos cautivos; y se adoran los ídolos de barro; y un altar se consagra á un Dios desconocido, *ignoto Deo*; y en otro de sus templos se coloca á Venus la prostituta como salvadora de a Grecia: ved allí al justo Dionisio, segun la carne, presidiendo el tribunal de los doce jueces, establecido en lo alto de la colina, que administraba justicia bajo la ins-

piracion y tutela de fermentadas deidades. No, mis queridos hermanos, no admireis á Dionisio cuando ocupa el primer asiento en el senado, porque es un astro sin esplendor en medio de las tinieblas. Ni llameis filósofo al que no estaba en posesion de la verdad; ni sabio al que ignoraba la principal ciencia, la de la salvacion eterna; ni justo magistrado al que protegía con nefandas leyes la prostitucion y el politeísmo. No, esclarecido y santo Patrono, la gentil Atenas era impotente para hacerle grande: allí no moraban la verdad ni la justicia, plantas que no se producen entre los abrojos de la tierra. Cuando, pues, las adquiere Dionisio? cuál es el feliz momento de donde data su grandeza y heroísmo? El instante en que se hace creyente de la verdad católica.

Un hebreo de la tribu de Benjamin acomete la gigante empresa de enseñar la verdad á los afamados filósofos de Atenas, y como criminal y sacrílego es conducido por las turbas al tribunal del Areopago. El peregrino apóstol anuncia á los jueces y sabios cual es el verdadero Dios desconocido á los atenienses y les predica la resurreccion de los muertos y el universal juicio. Y quién es ese arrogante extranjero que así habla á los mas respetados jueces de la tierra? Es un hombre del pueblo que no cursó en las aulas de Platon y Pitágoras, sin autoridad y sin armas; es Pablo, un bisoño adalid de la milicia de Cristo, que sabe son posibles al creyente todas las cosas. Y qué hará, al ver que se alza, en medio del Areopago, una voz de proscripcion y anatema contra los dioses de la Grecia, sus filósofos y sabios, el príncipe de la magistratura, el esclarecido Dionisio? Vosotros lo sabeis, Ilmos. Señores; el entendimiento de Dionisio ha recibido nueva y radiante luz; otro mundo, otra filosofía celestial y divina penetra su inteligencia; y ¡o victoria imponderable de la fé cristiana! el juez se humilla ante el reo; el altivo filósofo ante el humilde católico; Dionisio se rinde á la voz de la fé que le predica Pablo, como Saulo poco antes á la voz de su Dios en el camino de Damasco.

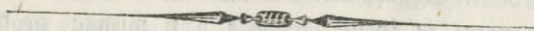
Venid aquí, soberbios de la tierra, los que menospreciáis el imperio de la revelacion divina y proclamais la razon por vuestro dios y única basa de la moral humana; venid y decidme, si la razon acierta á explicaros el prodigioso suceso que os acabo de narrar y os atestigua la historia. No ya solo os detengais en apreciar todas las circunstancias del conquistador y del vencido; Pablo que desconoce las mañosas artes de la escuela del sofisma; Dionisio investido del doble magisterio de primer gobernador y filósofo: fijad, os ruego, vuestra consideracion sobre el heroico vencimiento de sí mismo que Dionisio consume, cuando, cual la dorada mies cae al golpe del segador, así se postra y rinde ante la cortante espada de la fé católica. Dionisio, para abrazar la fé del Crucificado, forzoso es confiese, como filósofo que erró en los caminos de la verdad; como ciudadano que la sólida virtud no se abrigaba en su corazon; como primer magistrado que á la Divinidad habia despojado

de sus derechos: en una palabra; veíase impelido á proscribir las escuelas, la moral y la religion de Atenas. Y cómo llegará á realizar tan costoso é inconcebible sacrificio, en medio del orgulloso espíritu griego, no ya solo un noble hijo de la mas culta república de la tierra, sino el presidente del Areopago, el caudillo de los filósofos? La razon, mis amados, enmudece y se abisma al contemplar al humano ser, descendiendo lleno de gozo del trono de la soberbia de los Faraones hasta el polvo de las plateas donde se sienta el creyente; pero este insondable arcano para la razon humana, os lo explica sencillamente la fé diciendo: Dionisio ha conocido la verdad; es ya grande; es creyente y al que cree son posibles todas las cosas. *Omnia possibilia sunt credenti.*

Si, Ilmos. Señores, en la escuela de la fé donde todo un Dios es el maestro del hombre y abiertas se miran sus puertas lo mismo al sabio que al idiota; á los magnates y príncipes de la tierra, como al mísero rústico que habita en lo escondido de la selva; allí es donde aprende el hombre la verdadera sabiduría, la grandeza, el heroísmo. Y si no decidme: ¿cuál es la voz que al niño católico, cuando apenas acierta á proferir algunos mal articulados acentos, le enseña á resolver aquel célebre problema *nosce te ipsum*, conoce á tí mismo; problema que humillaba y confundía y jamás acertaron á resolver los mejores sabios de la antigüedad pagana? Cuál la voz que á la muger dice: te engañaron vilmente los que te llamaban esclava; eres compañera y no sierva del hombre, y ambos unidos en casto y entrañable amor sois peregrinos en el desierto de la vida que os conduce á la tierra prometida de eternas delicias? Quién civiliza al salvaje; predica al rico la caridad, al pobre la resignacion; hace exclamar á innumerables justos, en medio de las mas recias y amarguissimas tribulaciones, como al afligido Job, «sea bendito el nombre del Señor»; y al moribundo exánime en el lecho del dolor descubre el velo de la eternidad diciendo, cual al mártir Sinfiriano su valerosa madre: *Nate, nate, coelum suscipe*, hijo mio, hijo mio, mira el cielo que te aguarda mas allá de la tumba? No son estas, mis hermanos, las voces que escuchais en las aulas de la fé; en la escuela donde Dionisio vencido por la fé se hace vencedor en todas sus batallas?

Volved de nuevo la atencion al Neófito de Atenas, ya instruido en la sublime ciencia de la revelacion divina y constituido príncipe de la Iglesia de Cristo, y lo vereis derribar con el poder de su cayado los ídolos de las griegas regiones y otros paises gentiles; alistar bajo las banderas de la fé innumerables almas sepultadas en las tinieblas de los mas abominables errores; ahuyentar con el signo de la redencion las hambrientas fieras preparadas á devorarlo por orden del tirano, quedando ileso como Daniel en el lago de los leones; entonar dentro del encendido horno el himno de su salvacion, cual en medio de las llamas los niños de Babilonia; y admirarlo finalmente, despues de obrar otros muchos milagros, subir animoso este en-

canecido guerrero en los combates del Señor al monte de los mártires; arrodillarse humilde ante el hacha reluciente del verdugo y, cortada su cabeza, llevarla triunfante en sus hermosas manos, acompañado de los ángeles de la santa Sion que en armonioso y celeste cántico bendecian las magnificencias del Altísimo. O poder irresistible del creyente! ¿qué lengua será capaz de publicar todos tus triunfos? Yo miro realizadas en vuestro Santo patrono todas aquellas maravillas que el apostol de las gentes predica de Jedeon, Baruc, Sanson, Jephté, David, Samuel y otros profetas, diciéndoos que por fé conquistaron reinos, obraron justicia, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia de las llamas, sufrieron muerte de espada y reportaron las divinas promesas; y absorto al contemplar tamaños portentos os pregunto, mis amados; ¿no es verdad que la fé hace al hombre grande en el tiempo, feliz en la eternidad? No es verdad que al creyente son posibles todas las cosas? *Omnia possibilia sunt credenti*. Y acaso la virtud que sublima al individuo á magnificencia tanta, no salva y engrandece á los pueblos y naciones? Si, Ilmos. Señores, la conquista de nuestra ciudad ofrécenos esta importante enseñanza que tambien os dejo anunciada.



En medio del fatal contagio de la indiferencia religiosa que cubre en nuestros tristes dias, cual la densa tiniebla de la noche, así la pobre cabaña del ignorante rústico, como los artesonados salones del opulento magnate; cuando la ciudad y la aldea respiran el ponzoñoso hálito de la corrupcion de las costumbres públicas; cuando no ha mucho el vandalismo alzaba su ominoso grito de sangre y devastacion en nuestra afligida patria; cuán grato es, Ilmos. Señores, ver renacer en nosotros la unidad y concordia de nuestros heroicos ascendientes; concurriendo libres de todo espíritu de secta ó banderia á celebrar los hechos mas gloriosos de la historia de nuestro pueblo; cantando como los hijos de Israel, despues de su milagroso tránsito por las aguas del mar rojo el himno de los vencedores al Dios de las batallas. Y qué venimos á publicar, mis amados, sino el triunfo de nuestra santa fé católica, de esa virtud poderosa que inflama hoy vuestros corazones en un mismo fuego de entusiasmo santo, del divino poder que libró á nuestra ciudad de la mas bárbara tirania y salva y engrandece á las naciones? No venimos á confesar son posibles al creyente todas las cosas?

Porqué vencieron vuestros padres? Cómo explicais sus nombradas hazañas, aquellos esfuerzos de valor y bizarría que pasman á la inteligencia y llenan de asombro á los mismos héroes? Porqué esta ciudad fué libertada de los horrores del mahometismo el dia en que celebra la Santa Iglesia la constante fortaleza del inclito mártir Dionisio, y ocupada de nuevo por el agareno alfange, en igual dia de fausta y eterna memoria del año

de 1264 la reconquistaron vuestros mayores?... Hé aquí lo que en vano exigireis explique la razon, porque no son estas las obras del poder humano. Traed á vuestra memoria aquella larga edad de infausto y doloroso recuerdo, en que, teñidos nuestros campos con arroyos de sangre de los últimos defensores de la goda monarquía y arrojados el esplendente trage y real corona del infortunado D. Rodrigo sobre las orillas del triste Guadalete, lloraba Jerez, como la hermosa y desconsolada Rachel la pérdida de sus hijos ó Belen y sus comarcas la degollacion de sus inocentes párvulos; viendo cautivos sus leales moradores, saqueadas sus casas, profanados sus templos y colocado el Alcoran donde habitaba el Santo de los santos. Recordad esa prolongada serie de ayes y lamentos que arranca lágrimas de sangre al corazon humano y decidme: ¿cuando ya el Islamismo contaba cinco y medio siglos de dominacion en nuestro fértil suelo; y lo regian las nefandas leyes de los tiranos vencedores; y eran formidables sus guerreras huestes; y hasta la bella y consoladora esperanza del que sufre y gime habia desaparecido de la vista del esclavizado pueblo, ¿quién salvará á la cautiva Sion que apenas recuerda los antiguos dias de su libertad y grandeza? Y qué fuerza será capaz de quebrantar el africano yugo terror y espanto del hispano reino?

Aquella palanca y punto de apoyo que el famoso Arquímedes pedia para remover el mundo, os diré, mis amados, valiéndome en parte del profundo pensamiento de un distinguido hijo de Domingo de Guzman, lustre de su religion y honra de la Francia; esa palanca y punto de apoyo los hallaron vuestros padres. Su palanca fué la fé y su apoyo la proteccion del santo martir Dionisio. Con la fé apoyada en los cielos alaron de esta tierra la pesada mole musulmana, arrojándola sobre los cálidos arenales de las regiones del Africa. Creyeron vuestros padres, y su viva fé ofrécela Dionisio, cual puro timiama de suave fragancia, ante el augusto trono de la Omnipotencia; y el que habia deparado á Noé y sus hijos el arca de salvacion, porque confiaron en las divinas promesas; constituido al creyente Abraham padre y patriarca de un gran pueblo, cuyo número escenderia al de las estrellas del firmamento, y elevado á la dignidad del pontificado supremo á Pedro cuando dijo: «tu eres Cristo hijo de Dios vivo,» hacé descender de los cielos el fuego de los héroes y abrasando los nobles pechos de los alistados bajo las banderas alfonsinas, libra á Jerez diciéndola, como en otro tiempo á la pecadora y á la muger cananea: *fides tua te salvam fecit*. Tu fé te ha salvado.

Ved, Ilmos. Señores, como únicamente explicarse pueden los inenarrables triunfos que os llenan de inmenso júbilo; cuales los contaban nuestros mayores, como lo enseña la historia, como lo publicais vosotros, rindiendo al Omnipotente el culto de la adoracion, que es el tributo de la fé, y viniendo así á confesar son posibles al creyente las mas arduas empresas. *Omnia possibilia sunt credenti*.

Hoy, que recordais los gloriosos días en que Abenabit entrega al sabio D. Alonso las llaves de vuestra ciudad y presa nuevamente de la ferocidad musulmana la reconquista el mismo ilustre monarca, en union de los invencibles héroes, cuyos nombres gravais con caracteres indelebles, no solo en vuestros anales, sino tambien en vuestros agradecidos corazones, y cuya sangre corre por las venas de muchos de vosotros, vástagos de tan preclaros linages; hoy que repasa vuestra memoria los grandes triunfos de Matanza y Matanzuela, Majaceite, Redira y otras mil victorias; hoy que llenos de regocijo presentais el pendon de Benamarin arrebatado al rey Alboacen en la famosa batalla del Salado; donde acompañados de los caballeros de Lorca, derrotaron vuestros mayores uno de los mas formidables egércitos que pisara vuestras vastas campiñas; hoy finalmente que mirais estar esculpidas en las armas de nuestra ciudad las olas de la mar circunvaladas de castillos y leones para perpetuar la memoria de sus numerosos é invencibles héroes; no os asemejéis, mis amados, á aquellas veloces aves, que pasando rápidamente sobre la superficie de las aguas, solo pueden recoger los objetos que sobrenadan; guardaos de apreciar estos sucesos aisladamente y como meros actos de bélico denuedo; que tambien hay valientes entre los salvages del desierto y el Africa no ha olvidado sus pasadas conquistas. Bendecid hoy á vuestros padres, no como valientes guerreros, sino como valientes católicos.

¿Ignorais acaso que la historia de la conquista de Jerez de la Frontera, con todas sus hazañas y sus héroes, sus prodigios y sus glorias, es solo una piedra preciosa engastada en el estandarte de la fé católica, que la mano de un creyente enarbolara en el asturiano suelo? Parad aquí un momento vuestra atencion; que no por eso marchitareis tan frondosos laureles, antes bien, descubriendo toda su lozanía y hermosura, admirareis la vigorosa y magnífica planta que los produjo. Remontaos á principios del siglo octavo, y cuando las lunas agarenas se ostentaban victoriosas en la península ibera y sus desolados hijos buscaban su último asilo en las ásperas montañas, vereis bajar de ellas al valle de Canica un intrépido caudillo que sale á romper los pesados y afrentosos hierros de su cautiva patria. ¿Y cuál es su poder? cuáles sus armas? Dó están los aguerridos egércitos que puedan medir su fuerza con los robustos y aterradores de los moros reyes? Oid, mis hermanos, como habla Pelayo á algunos fieles patricios. *A Dios (dice) fácil cosa es y muy usada deshacer gruesos egércitos con las armas de pocos.*» Pelayo ha dado el grito de la fé, ha invocado la omnipotencia de la fé; y ya en los llanos de Asturias se presentan los valientes; y unas victorias suceden á otras victorias; con las cenizas de unos héroes, se inflaman otros héroes; y la bandera de la Cruz triunfante en Covadonga, Ledos, Clavijo, Baeza y las Navas y ondeando en cien y cien ciudades llega hasta nuestros muros y entona Jerez el dulce y alegre himno de su salvacion y ventura.... Tal es el grandioso cuadro de que forma una bella y escogida parte la historia de la con-

quista que celebramos; cuadro que no os pueden presentar igual Esparta con sus Leonidas, Tebas con sus Epaminondas, Cartago con sus Anibales, ni Roma con sus Escipiones; y solo os exhibe el brazo de la fé católica que os dice: mirad si al creyente son posibles todas las cosas. *Omnia possibilia sunt credenti.*

No, mis amados, no se abrieron las puertas de Jerez á vuestros padres, como las de muchas ciudades al poderoso Gerges, porque las amenazaba un millon de combatientes, ni se humilló la media-luna, cual un día el mundo á la voz de Alejandro, porque millares de navíos y un número inmenso de soldados llevaban por todas partes la devastacion y el exterminio; ni salieron los árabes de nuestras tierras como entraron en ellas por la traicion de un Conde y la impetuosa fuerza de vándalas falanges. Ellos perecieron porque les mató el fruto de aquel grano de mostaza que la fé sembró en los asturianos montes y produjo el gigante y milagroso árbol, cuyas deliciosas ramas, estendidas por los ámbitos de España, regaron nuestra ciudad y nuestros campos de copiosos frutos de bendicion y heroismo.

Bajo este glorioso árbol cantemos nuestro gozo, celebremos nuestros triunfos y prediquemos á todas las gentes no se conquistó á Jerez con la fuerza de las armas, ni la abundancia de los tesoros, ni las mentidas teorías de soñadores filósofos, sino con el irresistible imperio de la fé católica que salva y engrandece á las naciones. La senda que habeis visto en el ejemplo de vuestro Santo Patrono, lleva al hombre al apogeo de su elevacion, esa misma conduce á las naciones á su mayor grandeza; haciéndolas poderosas dentro, respetadas fuera; porque en el magestuoso edificio de la perfeccion social hallareis siempre á la fé, iluminando el cimiento y la cúpula.

Sepan los imperantes ha de llegar un día en que se les pida estrecha cuenta de todos sus actos por Aquel que ha dicho: *ego justitias judicabo*, yo juzgaré á las justicias, y serán verdaderos amantes y padres de sus pueblos. Aprenda el súbdito, que no el débil mortal, sino Dios solo es independiente, y toda potestad legítima está por Dios ordenada, como enseña el Apóstol, resistiendo al mismo Dios quienes á la potestad resisten; y no habrá desleales á su patria, ni la rebelion turbará el sosiego público, ni la sangre de los inocentes será vertida en doloroso sacrificio. Reconozcan todos los ciudadanos son hijos del mismo Padre celestial que habita en las alturas y enlazados con los santos vínculos de la caridad que les manda amar hasta á sus mismos enemigos; y cesarán las discordias, y esa horrorosa lucha de encarnizados bandos que convierten la ciudad y el hogar doméstico en campo sangriento de batalla é inmundo foco de insaciabiles ambiciones. Esto os enseña la fé de vuestros padres, que ni dobla sus rodillas ante los cetros de los tiranos, ni calla ante el puñal homicida de las desenfrenadas turbas, ni se avergüenza de tender su soberano manto para cobijar al último de los mendigos.

Os engañan, pues, mis queridos hermanos, bien por desgracia lo sabeis, esos

audaces incrédulos y escépticos filósofos que neciamente pretenden civilizar al mundo, apagando la antorcha de la fé que es el sol del mundo; y al espantoso grito de emancipacion de la razon humana la hacen vil esclava de sus mas violentas pasiones y miserable juguete de la ambicion de los tribunales. Quereis confundir toda su arrogancia? Mostradles la diversa suerte de las dos familias mas célebres de la tierra por la divinidad de su origen y los portentos de su historia: la una que deja de creer; la otra que sigue creyendo: esos dos perpetuos milagros de nuestra santa fé, patentes á todos los ojos é irrefutables á todas las lenguas. Decidles esplanando el argumento del elocuente Crisóstomo. Mirad el templo de Jerusalem, de la incrédula sinagoga, de ese pueblo errante, disperso y hecho el ludibrio de las gentes; Dios lo destruyó: y al cabo de mas de 18 siglos los hombres han podido acaso reedificarlo? Mirad la Iglesia católica, la hija de la fé y la maestra de la fé; Dios la edificó: y los hombres conjurados contra ella; los que vertieron la sangre de mas de catorce millones de mártires; los hereges y sectarios de los primeros siglos; la ferocidad de los bárbaros en su irrupcion; los horrores del arrianismo y mahometismo; la ignorancia y corrupcion de la edad media; la atrevida reforma con todas sus multiplicadas sectas; los materialistas, racionalistas, socialistas é indiferentes de los últimos tiempos ¿han logrado destruirla? Añadidles tambien, sois españoles por la fé que os ganó la patria; jerezanos por la fé que os ganó la ciudad; y las páginas mas brillantes de nuestra historia; el antiguo poderío y dignidad española, admiracion y encanto de ambos hemisferios; las cenizas de nuestros numerosos sabios; y hasta esos grandiosos monumentos, maravillas de las artes y la ciencia, que aun no ha osado reducir á escombros, como otros muchos y celebérrimos la destructora mano del incrédulo, todo os dice y patentiza que la fé salva y hace florecientes á los pueblos.

Pero á quiénes hablo, mis amados hermanos? Acaso en la patria de los Pelayos, Recaredos, Fernandos y Alfonsos se abrigan incrédulos? Acaso la ciudad ganada por la fé y nobilísima por su fé hase desviado de la católica senda de sus ilustres conquistadores?... Ah! yo no quisiera hoy descender el velo que cubre nuestra humillacion y afrenta; pero al recordar los estragos que la incredulidad ha causado en nuestro suelo; al ver esparcida la zizaña de todos los errores por el mas ameno campo del Padre de familia; al mirar abatida y llorosa á la que fué señora de ambos mundos, no puedo menos de lamentarme como el profeta Jeremias sobre Jerusalem diciendo: pecado grande ha cometido España: por eso ha sido hecha instable, vaga y errante en sus doctrinas; todos los que la glorificaban la despreciaron; y ella gimiendo, confusa y avergonzada volvióse atrás en los senderos de sus pasadas glorias. Yo tambien tiendo la vista por vuestras calles y plazas, y hallo humeantes las cenizas de los pasados disturbios y fieros rencores; violado públicamente el divino precepto de la santificacion de los dias consagrados al Señor; ofendido el santo

pudor con el mas torpe y obsceno lenguaje; y miro horrorizado hasta al balbuciente párvulo repetir las execrables blasfemias que escucha de los impíos labios del adulto y del anciano; y á vista de tantas abominaciones os pregunto con el mismo profeta: «Es, quizás, esta la ciudad de perfecta hermosura, el gozo de toda la tierra?» Qué habeis hecho, mis amados, de la piedad que os legaron los Yañez Palominos, Nuños de Cañas, Nuños de Villavicencio, Gutierrez de Orbaneja, Perez de Vargas, Dávilas, Mendozas, Mateos y demás inclitos varones que colocaron la enseña de la fé sobre las torres y mezquitas de la antigua y prisionera Asido?... Lloremos ¡ay! porque tenemos perdida la parte mejor de la conquista. Al espíritu de unidad de nuestros mayores ha sucedido la discordia é incesante enojo de los hermanos; á su religioso celo la insaciable y abrasadora sed política que desgarrar los corazones; á aquellos hermosos cánticos que al nacer la aurora y en los crepúsculos de la tarde alegraban nuestros campos, la imprecacion y la blasfemia: á la viva fé operativa de mil prodigios el pesado sueño de la indiferencia religiosa que mata el alma y destruye la paz y concordia de los pueblos.

Y serán eternos nuestros males? Pasará nuestra generacion siempre inquieta y turbulenta, renovando las escenas de luto y devastacion y mirando impasible las mas sacrílegas profanaciones? Si presumís salvaros, Señores, apelando á las fuerzas del poder humano, yo os diré que las armas asientan la paz, pero no la consolidan; porque no se ganan los humanos corazones como se asaltan las fortificadas plazas. Una sola es la senda de nuestra regeneracion social, de nuestra bien entendida civilizacion y grandeza. La que os ha enseñado Dionisio en su conversion, santidad y martirio: la que os mostraron vuestros padres en su memorable conquista; la senda de la fé católica que, segun os dejo probado, conduce al hombre al heroismo y á la comunidad la hace invencible y dichosa; siendo omnipotente el imperio de la fé para conducir al individuo y á la sociedad al apogeo de su mayor perfeccion y moral grandeza; porque al mortal que cree con fé viva y perfecta ha concedido el Altísimo el poder de alcanzar todas las cosas, segun nos enseña el sagrado Evangelio diciéndonos: *omnia possibilia sunt credenti*.

Ahora bien, Ilmos. Señores; el último de vosotros; pero fiel ciudadano como nuestros padres; español amantísimo de las glorias de su patria como Pelayo y ministro de Dios (aunque indigno) como Dionisio, os llama y exorta hoy, dia memorable en los fastos de nuestro pueblo á enarbolar el estandarte de su tercera conquista; no ya de su suelo, sino de tantos corazones extraviados que gimen en el afrentoso cautiverio de la corrupcion, la incredulidad y la indiferencia. Vamos á emprender la reconquista moral de Jerez de la Frontera; á restablecer, no con las armas ni la sofisticada parleria, sino con la oracion, el ejemplo y la elocuente voz de la verdad cristiana, la piedad y religion de nuestros esclarecidos mayores. Seamos todos soldados

en esta santa batalla, todos misioneros de Cristo, todos convertidos por Cristo, todos católicos españoles; y sea también aclamado nuestro protector y caudillo en tan santa pelea, el mismo que salvó á nuestros progenitores, el invencible Dionisio, nuestro amado y santo Patrono. Enseñad padres de familia á vuestros hijos la doctrina de la fé, que es la ciencia bajada de los cielos y el fundamento de toda humana sabiduría, y no permitais jamás que con torpe y profana lengua nos atraigan los divinos castigos. Decid tiernas madres á vuestros parvulitos aprendan del armonioso canto de las aves á bendecir á su Dios en la mañana y en la tarde: roguemos todos al pecador, indiferente, incrédulo y al blasfemo, que por las piadosísimas entrañas de Jesús crucificado, por la salud de sus almas y el bien de su patria se aparten de sus errados caminos, donde solo les aguarda el remordimiento en el tiempo, la desesperacion en la eternidad.

No desmayeis, mis amados, porque sea árdua é imposible á las humanas fuerzas nuestra empresa: armémonos con el impenetrable escudo de la fé católica; de una fé viva por las sólidas virtudes, firme por la divina esperanza y encendida en el sagrado fuego de la caridad; y nuestro será el triunfo, segura y completa nuestra victoria; porque ya os dejo dicho, está escrito por la Verdad infalible que no puede engañarse ni engañarnos ser posibles al creyente todas las cosas. *Omnia possible sunt credenti.*

